
LOS SIETE
NOMBRES

ALFAGUARA



ALFAGUARA

© 2010, CLARA LEVIN

De esta edición
2010, Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara S.A.
Av. Leandro N. Alem 720 (C1001AAP)
Ciudad de Buenos Aires

ISBN: 978-987-04-1590-9
Hecho el depósito que marca la ley 11.723
Libro de edición argentina.
Impreso en la Uruguay. *Printed in Uruguay*
Primera edición: septiembre de 2010

Coordinación de Literatura Infantil y Juvenil:
MARÍA FERNANDA MAQUEIRA

Edición:
VIOLETA NOETINGER

Imagen de tapa:
E. L. DOMÍNGUEZ
© Salmon - Fotolia

Mapa:
POLY BERNATENE

Una editorial del grupo Santillana que edita en:
España · Argentina · Bolivia · Brasil · Colombia · Costa Rica
Chile · Ecuador · El Salvador · EE.UU. · Guatemala · Honduras
México · Panamá · Paraguay · Perú · Portugal · Puerto Rico
República Dominicana · Uruguay · Venezuela

Levin, Clara

Los Siete Nombres / Clara Levin ; ilustrado por Poly Bernatene. - 1a ed. -
Buenos Aires : Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, 2010.
200 p. : il. ; 23x14 cm.

ISBN 978-987-04-1590-9

1. Literatura Infantil y Juvenil Argentina. I. Bernatene, Poly, ilus. II.
Título
CDD A863 928 2

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma, ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

Clara Levin

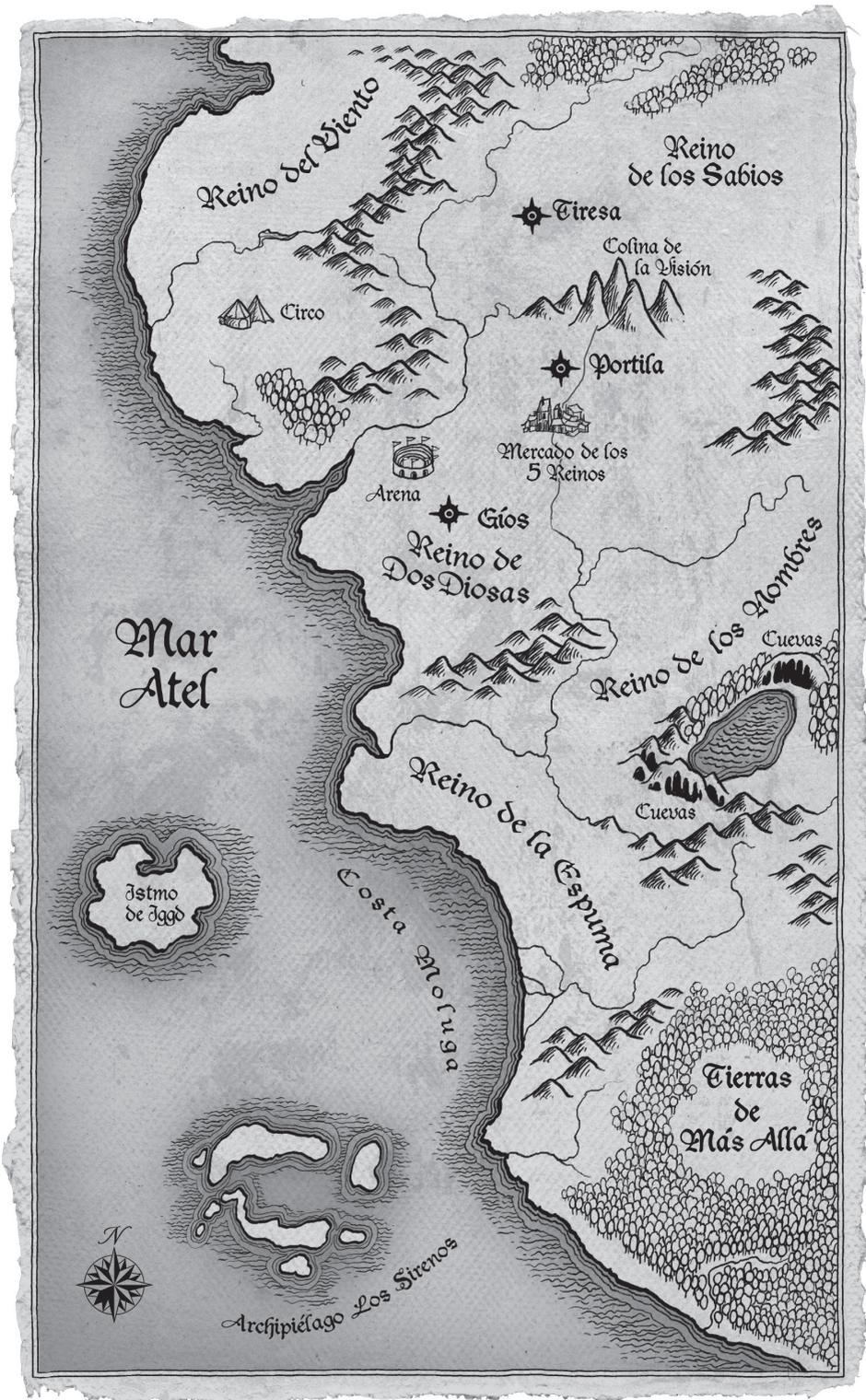
LOS SIETE
NOMBRES

ALFAGUARA

SERIE ROJA

A Miguel.

*A nuestras hijas, que todos los días se hacen
llamar con un nombre distinto.*



I
LA OTRA ORILLA

El lago no revelaba nada de lo que pasaba en el Reino de los Nombres. Corría un aire tibio. No obstante, nadie paseaba por la orilla ni tampoco sobre la vasta Superficie del Reino, salvo las dos audaces mujeres que asomaron la cabeza por la boca de una cueva y se escondieron entre la vegetación. Había luna nueva y el cielo estaba encapotado; la luz mortecina sobre el agua provenía de unas pocas estrellas acorraladas entre las nubes.

Un extranjero que pasara por allí sólo habría visto un lago desierto; jamás hubiese adivinado que estaba bordeado por el laberinto de cuevas llamadas Los Lugares Profundos. Las cuevas habían sido Templos para los pueblos del Reino; en Este Tiempo eran madrigueras para los sobrevivientes del Poder de Hesat. En el Reino de los Nombres, los vivos estaban debajo de la tierra.

Las dos mujeres Tenumis percibieron la espalda gelatinosa del agua en la oscuridad. Se alejaron de Los Lugares Profundos donde habían permanecido escondidas nueve inviernos. Petalla caminó adelante, abriéndose paso con brazos sigilosos por el enjambre de sauces; detrás, la madre

ocultaba las huellas de ambas. Los ruidos de la Superficie se magnificaban en sus oídos desacostumbrados como una sombra que se estira en la penumbra de una cueva. Iban sobresaltadas, con el corazón en la boca.

Las copas de los árboles se movían, estaban despiertas. Los osos perezosos y los búhos se desplazaban entre las ramas, flexionándolas, haciéndolas crujir. Por el suelo, una culebra se deslizó sobre las hojas desparramadas. Las Tenu-mis avanzaron por la piedra húmeda y Petalla pensó que sus pisadas sonaban como una huida de ranas durante la cosecha de arroz. Cerró los ojos ante el recuerdo, pero las memorias del Tiempo de Antes entraron por sus oídos al galope y sin riendas con los ruidos casi olvidados de la Superficie. Se vio a sí misma y a su hermano Kanat persiguiendo patos en la orilla del lago. Aturdida, buscó aplomo en los ojos de su madre, pero allí solo encontró la ardiente vergüenza de haber resignado durante nueve inviernos la vida que había sido suya. Una chispa de esa emoción impactó en su pequeño pecho.

La madre le señaló unos arbustos al pie del lago entre los cuales todavía podrían disimular sus figuras. El lago se extendía inmenso, imposible, pero era la única vía para acceder al otro extremo de Los Lugares Profundos. Hacia el medio del lago, las cuevas subterráneas se volvían tan estrechas que solo las arañas podían cruzar el laberinto de lado a lado.

Los grillos dejaron de chirriar y Petalla notó su ausencia. Quizás habría preferido no volver a escuchar los ruidos de la Superficie, puesto que a todos volvería a renunciar cuando llegara a la otra orilla. Mientras se acuclillaba detrás de un arbusto, intentó aislar cada ruido para hilarlos en una canción que pudiera evocar después.

Petalla se desvistió.

En las paredes del Templo Tenumi brillaban marcas de sangre, miles y únicas, las huellas feroces de nacimientos, iniciaciones, Uniones y muertes. Era en nombre de esa sangre de su pueblo que corría en las venas de cada sobreviviente, que Petalla, con sus escasos años, había accedido a la Unión con un Muhuel.

Petalla apoyó su ropa en las manos trémulas de su madre. La mujer se le arrimó en cuclillas y permanecieron quietas. La madre parpadeó y la niña clavó los ojos en el lago del que no habría retorno. El agua enjuagaba las piedras y los juncos con indiferencia. Entre ellas hubo una despedida y Petalla se dejó abrazar por última vez.

—¿Recordaré cómo se nada? —preguntó con un hilo de voz.

—Iré contigo —susurró la madre en sus cabellos.

—No —dijo Petalla con una seguridad o quizás una severidad que asombró a ambas—. Es mejor así.

La niña se desprendió del abrazo y entró desnuda al lago. El agua helada le mordió la piel. En el Tiempo de Antes, los niños Tenumis nadaban de sol a sol los días de calor y veían a lo lejos a los niños Muhueles jugando en su costa. Se gritaban cosas, intentaban asustarse imitando las voces de hipopótamos. Sus risas bravas y frutales trepaban por los árboles como monos y se oían a una legua de distancia. Pero esa noche el lago no era el mismo y la niña que entraba en él no sería la misma que saldría en la otra orilla. Un murmullo llegó a los oídos de Petalla a través de sus pensamientos. La voz de mi madre, pensó, y la grabó en su memoria mientras inflaba enormes los pulmones y hundía la cabeza en el agua.

En el Reino de los Nombres quedaban pocos sobrevivientes Tenumis y Muhueles de la Masacre de Hesat. Los pueblos resistían en Los Lugares Profundos, apartados el uno del otro, en las cuevas que habían sido sus antiguos Templos. Al principio de Este Tiempo, algunas madres que habían visto morir a sus hijos en la Masacre intentaron llegar de un pueblo al otro y forjar una alianza con sus vecinos contra el enemigo común. Pero todos los intentos por cruzar, aun por el agua en balsas casi invisibles, terminaron en violentas capturas por parte del Ejército. Los hombres de Hesat acechaban detrás de cada tronco, cada piedra de la Superficie, y asomarse de las cuevas resultó ser demasiado riesgoso. Llegó el día en que el bosque tuvo más lanzas que pájaros. Pronto las madres desistieron y se entregaron a la tarea de hacer habitables las negras cuevas subterráneas. Durante varios inviernos, los pueblos estuvieron completamente aislados hasta que los Muhueles idearon la manera de comunicarse. Entrenaron lechuzas para transportar misivas entre las bocas de Los Lugares Profundos y, con el tiempo, los Ancianos de ambos pueblos lograron hacer un pacto de Resistencia contra Hesat. Fue un pacto de largo aliento que solo se podría poner en práctica en un futuro lejano. Pero los días pasaron y ese futuro llegó cuando Petalla cumplió su doceavo invierno. La niña tendría que emerger del refugio subterráneo, cruzar el lago e ir a vivir al pueblo Muhuel. Eso estaba pactado; era el primer paso del Plan. Cruzar sería peligrosísimo, pero ella poseía el Poder de su Nombre.

Esa noche, Petalla nadó. Debía alcanzar la orilla Muhuel sin asomar la cabeza para respirar. Jamás había intentado semejante hazaña en el Tiempo de Antes, pero era la única esperanza de pasar desapercibida y sabía que era importante para la Resistencia. Las estrellas pálidas alumbraban el lago a través de la

red de nubes. La niña se desplazó por el agua ceniza con los ojos abiertos, procurando no desviarse del camino hacia la costa. El frío le golpeó las sienes y sintió que la falta de aire le cerraba los pulmones. En esos momentos barría el agua con más fuerza y pataleaba con furia. Se repetía que sus mayores lo habían planeado todo y volvía a escuchar la voz de los Ancianos: “Que tus brazos sean remos incansables”.

Petalla imaginaba que las caras que encontraría en la orilla Muhuel serían similares a las que había dejado en su costa, caras de mujeres y ancianos, arrugadas, macilentas, con ojos dilatados y negros como el fondo de las cuevas. Pero también encontraría algo que no podía imaginar y en lo que no podía dejar de pensar. Era el secreto mejor guardado del Reino de los Nombres: en la costa Muhuel había *un niño*. Escondido. Lo habían criado en secreto durante nueve inviernos al igual que Petalla en la orilla Tenumi. Pero había una diferencia clave: era varón y podía ser Rey. Fuera de las cuevas Muhueles, solo los Ancianos Tenumis sabían de su existencia y sus ojos brillaban cuando pronunciaban su Nombre, “Adar”. Petalla se había enterado de su existencia recién la luna anterior, cuando los Ancianos le habían revelado el plan que cambiaría su vida para siempre. En el dominio de Hesat había una grieta y en esa grieta –le habían dicho–, una esperanza para los pueblos. Su sorpresa había sido enorme.

La traición de Hesat había ocurrido nueve inviernos atrás y había transformado el Reino de los Nombres. Los vivos se habían precipitado a las entrañas de la tierra y en la Superficie solo había quedado el Ejército que patrullaba las cercanías de Los Lugares Profundos noche y día. Los soldados tenían la mirada tan opaca que parecían los camarones sin ojos

que habitaban los riachos de las cuevas. En el Reino se había invertido el lugar de las cosas; los que estaban abajo debían estar arriba y los de arriba parecían más adaptados a la vida de abajo. También los lagos, como el que cruzaba Petalla, estaban preñados de peces que ya nadie pescaba. La traición de Hesat lo había alterado todo.

Hesat había sido un Consejero del Rey Gaynel. Tenía la altura de un sabio, era taciturno y se había dedicado al estudio de las cosas sutiles. Una mañana de otoño fresca y ocre, había pedido una audiencia con el Rey Gaynel. Había entrado al Palacio por la Puerta de los Claveles, como era su hábito, y había participado de la Asamblea. A su término, el Rey lo había admitido en una corte privada sobre cuyas paredes estaban representadas todas las insignias y los emblemas del Honor, como el Cetro real y el Grito Eterno. Allí, ante la presencia de la Guardia Real y de todo lo sagrado, Hesat se había acercado al Rey y le había susurrado al oído. La recomendación del Consejero fue larga, pero podía haber sido de rutina; lo inusual fue la reacción del Rey.

Cuando Hesat terminó de hablar, el Rey Gaynel se sacudió como un animal rabioso. Las marcas de un terror sobrenatural aparecieron en su cara y, con un movimiento tan rápido que los guardias reales no pudieron interceptarlo, el Rey arrancó la daga de su propio tahalí y se la clavó en el cuello. La sangre manó a raudales de la herida. Los guardias observaron atónitos la muerte cruenta de su Rey. Luego sus miradas decantaron sobre Hesat y desenfundaron los puñales. Pero Hesat súbitamente les susurró a ellos también sus palabras oscuras. Y en ese salón ocurrió con esos guardias lo que ocurriría con tantos hombres buenos después: cuando salieron al

pasillo, los seis guardias se habían alineado mansa y servilmente detrás de su nuevo señor. Hesat.

Hesat o El Susurrador, como se lo llamó después, ocupó el Trono ese mismo día. La ley del Reino de los Nombres, que los primeros sabios habían inscripto con su sangre en las paredes de Los Lugares Profundos, establecía que solo podía acceder al Trono un hombre que tuviese, y llegase a descubrir, sus Siete Nombres. Hombres así eran escasos pero el Trono jamás había estado vacío. La Sangre Nombrense siempre producía un heredero.

Cada vez que en el Reino nacía un varón, se celebraba en el Templo la fiesta del Nuevo Niño, a la que toda la población podía concurrir para conocerlo. Había niños que, pese a tener apenas días de vida, ya irradiaban esa luz inconfundible que toda persona anhela ver en el Rey. Y, entre los presentes, siempre había quienes sentían la tremenda necesidad de Nombrarlos, aunque implicara la Gran Renuncia... Hesat había sido uno de esos niños resplandecientes, había sido una promesa. Pero con el correr de los años, su luz se había enturbiado. Descubrió Cinco de sus Nombres y ninguno más. No se sabía si no era capaz de descubrirlos o si no los poseía. En cualquier caso, aquella mañana de otoño, hacía nueve inviernos, Hesat había matado al Rey Gaynel con las palabras que le susurró al oído y había tomado el Trono en posesión de solo Cinco Nombres. Para esto no había precedentes en la historia de Los Nombres. Pero tampoco había nadie en el Reino para disputárselo. Poseer Cinco Nombres, después de todo, también era extraordinario y, por otra parte, Hesat no dejó nada librado al azar.

Al día siguiente de tomar el Trono, en lo que fue conocido como La Masacre, el Susurrador eliminó de la faz del Reino a todo hombre o niño capaz de obtener sus Siete Nombres.

Solo quedaron mujeres y ancianos a los que no les quedaban hijos para dar. Y ese fue el comienzo infame de Este Tiempo. Hubo algunos hombres que Hesat no mató, aquellos que habían sido buenos cazadores; a esos los convirtió en soldados de su Ejército. Al escuchar sus palabras susurradas, los cazadores perdían el brillo de los ojos y la calidez de la voz, y pasaban a ser sombras de los hombres que habían sido. Una vez completo, el Ejército degolló a todos los niños del Reino sin siquiera espiarles el sexo debajo de las túnicas. Niñas y niños quedaron tendidos sobre la Superficie como flores marchitas. Algunos soldados degollaron incluso a sus propios hijos. Desconsolados, las mujeres y los ancianos se replegaron a los Templos hundidos en la tierra, y desde entonces no hacían más que subsistir y envejecer bajo la Superficie. En los nueve inviernos siguientes Hesat no profanó Los Lugares Profundos, pero cuando el Ejército descubría a un sobreviviente en la Superficie, lo capturaba, y a veces sus gritos de dolor y miedo se filtraban a las cuevas y reverberaban hasta el pasaje más estrecho del laberinto.

Pero en Los Lugares Profundos había un secreto enterrado y muy bien guardado. Cuando la Masacre comenzó, las cuidadoras de los Templos estaban en las profundidades de las cuevas realizando sus labores con sus pequeños hijos a cuestras. Esos niños fueron los únicos que se salvaron de la muerte. Durante nueve inviernos fueron criados celosamente, y sobre ellos recaían la esperanza y el desafío de continuar la especie. Petalla era la única niña Tenumi. Los otros tres, los varones Adar y Juno y la joven Tesia, eran Muhueles y vivían en la otra orilla. Tenían entre cinco y tres inviernos en el momento de la Masacre. Hacía dos veranos, la niña Tesia se había unido a Juno y habían engendrado un hijo. Pero Tesia era

de contextura frágil y había perdido la vida en el parto, y Juno era un joven enfermizo. Ahora le había llegado el turno a Petalla; la naturaleza había desplegado las señales en su cuerpo durante el verano. Los Ancianos se lo explicaron. Por eso, esa noche Petalla nadó, temblando de frío y de miedo, hacia la orilla Muhuel donde comenzaba el futuro, hacia la orilla de lo desconocido.

Petalla recuperó el aire acuclillada detrás de una roca en las aguas de la orilla Muhuel. Lentamente, su pecho se aflojó y se volvió a llenar de aire. Desde su sitio, vio la boca Muhuel de Los Lugares Profundos. Era parecida a la entrada Tenumi: oscura y disimulada entre los sauces. Pero en lo profundo brillaba una luz cobriza y oscilante, suspendida como un amuleto en la negrura: era la señal. La niña miró en todas direcciones y se aseguró de que nadie la vigilaba. Suspiró. Luego, cuidadosa de no hacer ruido, envolvió los brazos alrededor de su costillar mojado y salió del lago. Se escabulló entre la vegetación hacia la boca de la cueva, ágil, con el paso de una liebre asustada. Pero al llegar al umbral, sus rodillas se debilitaron; tuvo un pensamiento que la hizo sentirse a punto de caer. Había salido a la Superficie después de nueve inviernos de encierro, olores rancios y ruidos sordos, solo para... ¿volver a otra cueva? Durante un instante repleto de dudas, escudriñó la Superficie. Como había hecho con los sonidos de la otra orilla, intentó hilarse un collar con las vistas y acaso las emociones que resignaba; un collar inventado para después ponerse sola en la oscuridad. Algunas sombras eran más opacas que otras y la brisa las trenzaba y destrenzaba como un velo ondulante. Y el olor del lago a tres pasos de la

orilla era distinto que a veinte, donde se mezclaba con el tufo amargo de las cortezas de los cipreses. Por un momento atroz, pensó que aunque Hesat la capturara ahí mismo, gozaría de la Superficie un rato más hasta llegar al Palacio Usurpado y que quizás eso valdría la pena. En medio de estas vacilaciones, se oyó un silbido o aullido no muy lejos de donde estaba. Su pecho latió como una lluvia fuerte, y el hábito del miedo, ese impulso poderoso para todos los Sobrevivientes, la hizo correr al interior de la cueva. Esperó. El ruido pasó y la amenaza de un posible ataque no se concretó. Petalla sacudió la cabeza, sus pies se encaminaron hacia la luz y ya no miró atrás.

En el piso de la cueva ardía un fuego cuya luz cobriza resplandecía sobre un muro. En aquel fulgor se recortaba la sombra de una persona que estaba de espaldas al fuego. Vestía una toga con capucha, larga hasta los pies. La figura era excesivamente alta, aun si fuera un sabio del Reino vecino. Petalla remarcó su propia altura, corta hasta para alguien de su edad, y se sintió mucho más desnuda que por no llevar túnica. Pero sabía que ya no había vuelta atrás. La sombra alta había girado y habló.

—No respiraste una sola vez. Nadie ha podido sospechar tu presencia. —La voz de la sombra era grave, áspera y rotunda, pero podía ser femenina.

Petalla no alcanzó a verle la cara, que estaba en sombras, y escuchó con atención. Creyó que había oído una voz parecida hacía mucho tiempo y que conservaba de ella un recuerdo casi desvanecido.

—Mi Nombre es Petalla —dijo.

—Lo sé. Tu Nombre porta el Poder de respirar profundo —le informó la voz encapuchada.

—Sí —dijo Petalla, sorprendida de que conociera su Poder—. Jamás lo había usado así. —Se encogió de hombros.

—Soy Eidora —se presentó la voz.

La niña tragó aire.

—La Suprema Pitonisa del Reino de los Nombres —dijo Petalla con una voz que se volvió susurro.

La niña inclinó la cabeza en signo de silencioso respeto a la figura que tenía frente a sí. El fuego hizo brillar las gotitas de agua suspendidas sobre su espalda.

—Ven —dijo Eidora al mismo tiempo que desplegaba una prenda—. Esta es tu vestidura para la Unión.

La Pitonisa guió la cabeza de la niña por el cuello de la túnica nupcial. Petalla tragó saliva audiblemente. Cuando sacó la cabeza, sus ojos delataron que no había sospechado que la Unión se llevaría a cabo esa misma noche. La mano de la Pitonisa permaneció un momento en el recodo entre el cuello y el hombro de la niña. Petalla escondió la mirada y buscó consuelo en el toque tibio, casi afectuoso. Sintió lágrimas agolparse en sus ojos y fijó la vista en los bordados de la túnica nupcial. Representaban figuras humanas abrazadas; figuras adultas, pensó con una mueca. Los Ancianos la habían impulsado a una Unión que no era natural, sino el fruto de un pacto entre dos pueblos sometidos. Apenas su cuerpo había madurado, su madre la había sentado en el rincón de una cueva y le había hablado. Mientras viviera, Petalla jamás olvidaría la explicación que había recibido sobre el Rito de la Unión o la mirada vidriosa de su madre, que hablaba sin palabras. La niña se acomodó el cabello húmedo detrás de las orejas. Lo hizo lentamente, como una novia que admira su reflejo en la superficie espejada de un río. Pero no había río, así como no habría muchas otras cosas en esa Unión; entre ellas, la ocasión de conocer

al niño que sería su esposo antes de entregársele. Petalla juntó coraje, alzó la cabeza y trabó la mirada en los ojos de la Pitonisa.

—¿De qué color tiene los ojos mi prometido? —preguntó.

—Como el fondo del lago. Insondables —resonó la respuesta.

La Pitonisa se paró detrás de ella, le cerró la túnica y la empujó suavemente hacia un túnel al fondo de la cueva.